

Los proyectos identitarios culturales de Miranda y Bolívar en la modernidad de José Martí por el equilibrio del mundo

Irina Pacheco Valera

Historiadora, investigadora y profesora

En el proceso de identidad valoramos que intervienen los sujetos como personas activas, partícipes del desenvolvimiento cultural, tanto como sujetos individualmente creadores que aporten en grupos y colectividades, cuya acción práctica constituye al proceso cultural, como en su condición de sujetos conscientes que estimulen el reconocimiento, transmisión y defensa de una cultura dada, según las características demográficas, sociopsicológicas, étnicas, clasistas, políticas, en donde a la vez son actores y resultado de este proceso.

Ha sido una reflexión constante en esta cuestión, el problema de la libertad, como condición indispensable en el desarrollo de los pueblos, de su seguridad, garantía o no, que puede afirmar o constituir un medio enajenante de la identidad.

En la medida en que se afianza y consolida la nación y nacionalidad, el

proceso de una determinada identidad cultural cobra mérito, los sentimientos y valores patrióticos tienen su expresión en las manifestaciones de una cultura auténtica. La identidad cultural en su esplendor y madurez adquiere los rasgos históricos de la nación, y un compromiso con ella, responsabilidad histórica y étnica, afirmando la idiosincrasia, proceso en el cual influyen la voluntad colectiva e intereses.

Desde el siglo XIX se consolida el proceso de identidad cultural en la historia cubana y latinoamericana. De ahí que José Antonio Saco en su polémica con Vicente Vázquez Queipo había sostenido:

El siglo XIX es un siglo histórico por excelencia, su espíritu investigador alcanza no sólo a las cuestiones no ventiladas, sino a las ya bastante discutidas, extendiéndose aun a las materias que las generaciones

* Ponencia presentada en la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo el 4 de marzo de 2010 en La Habana.

pasadas nos legaron como verdades. Y con razón, porque frecuentemente se ve, que puntos históricos considerados hasta hoy como ciertos e incontrovertibles, aparecen enteramente falsos, cuando se examinan a la luz de una nueva antorcha.¹

La epopeya de la independencia de Nuestra América en el siglo XIX fue en su momento, y continúa en la actualidad, un conflicto que ha tenido un complejo panorama identitario o de mismidad frente a una pujante y amenazadora otredad o alteridad representada por los principales centros de poder de Europa y los Estados Unidos, al acentuarse la contradicción centro-periferia.

La Gran Colombia: un proyecto identitario en la mirada de Miranda

En el debate identitario cultural de la naciente nacionalidad que se fraguaba en las entonces colonias de España, una de las coordenadas básicas es el afán de distinguirse, de contrastar, interrelacionarse atendiendo a la dialéctica entre lo propio y lo diverso, la síntesis y asimilación de valores, dada la riqueza de las manifestaciones que se muestran en la universalidad de la integración continental, así como lo original y auténtico por medio del cual se distinga lo particular de lo universal.

Merece citar entonces en la memoria histórico-cultural de este proceso de identificación-diferenciación, el pensamiento del prócer venezolano Francisco de Miranda, quien enfrascado en la lucha independentista, ilustra la idea de Colombia² para plasmar de manera pe-

culiar la manera diversa de manifestarse la totalidad de los dominios españoles en el hemisferio occidental.

En su carta fechada en 1792 y redactada en inglés desde París a su amigo Alexander Hamilton, justifica lo expuesto al plantear: “Han madurado las cosas para la ejecución de los grandes y benéficos proyectos que contemplábamos cuando, en nuestra conversación de Nueva York, el amor de nuestra tierra exaltaba nuestros espíritus con aquellas ideas de la infortunada Colombia”.³

El factor geográfico en el proceso identitario cultural de nuestros pueblos es determinante, al expresar la relación de los miembros de la sociedad con el medio natural que los rodea —clima, características topográficas, flora y fauna— en una región determinada. Es un componente que proporciona a la sociedad las condiciones para desarrollarse y crear un sistema social que garantice su existencia. En este referente, las propuestas para América han sido las ciudades utópicas⁴ con convencional significado, en la propuesta de los pensadores latinoamericanos quienes

[...] tuvieron la nota común de perseguir ideales de integración supranacional, refiriendo aquí este término al particularismo nacional latinoamericano, prefigurado desde antes en la emancipación y consagrado después de ella. Súmase la confianza, también común, en la eficacia nucleadora de una ciudad capital, nueva a la vez que como capital, como ciudad misma. La ubicación geográfica de estrategia unificadora, o por lo menos centralizadora, la deliberada asepsia de

todo contaminante compromiso con fenómenos urbanos de precedentes experiencias, a superar racionalmente, el nombre simbólico, en fin, completan en cada caso la imagen de la ciudad utópica.⁵

La participación de Miranda en la Revolución Francesa⁶ le enseñó la vital necesidad de contar con una organización que aglutinara a los más abnegados luchadores por un mundo mejor. Ese era el papel asignado a las logias, gracias a su carácter secreto, lo cual permitía preparar actividades conspirativas. La logia de Miranda sólo en apariencia fue masónica, en realidad era paramilitar y revolucionaria.⁷ La creó en Londres en 1800 y la denominó “Gran Reunión Americana”; contaba además con filiales en París, Madrid y Cádiz. Al mismo tiempo este venezolano se dedicó a librar una decisiva batalla ideológica.

En 1801 fechó Miranda en Londres un “Esbozo de Gobierno Provisional”, para la república federal destinada a reunir a toda la América española, una vez independiente, en una sola gran nación, como un resurgimiento del Tahvantinsuyo, cuya capital debía estar en Panamá, donde dicha confederación se denominaría Colombia, y abarcaría todos los territorios hispanoamericanos, desde México hasta el Cabo Hornos, incluyendo a Cuba. Algunas expresiones de su proyecto han motivado la equivocada idea de que soñaba el Precursor, como lo fue el caso más tarde de algunos próceres sureños de la independencia, con la restauración a escala continental de la antigua dinastía incaica.

La verdad es que concebía una república a la que por su vastedad e influjo

de la terminología clásica, apellidaba imperio. En su opinión, el estado debería plasmar la simbiosis de los aspectos modernos con la tradición histórica, con el ejecutivo tendría a dos cónsules, llamados incas, acompañados de un poder legislativo electo que tendría dos cámaras, una de senadores vitalicios y la otra denominada de los comunes.

Y agregaba el proyecto: “Su título será Incas nombre venerable en el país”. Es en este tópico donde la idea de ciudad utópica, de la capital utópica, viene por primera vez, en cuanto sepamos, a la pluma de Miranda:⁸ “Uno de los Incas permanecerá constantemente junto al cuerpo Legislativo en la Ciudad Federal, en tanto que el otro recorrerá las provincias del Imperio [...]. La Ciudad Federal será construida en el punto más central [quizás en el istmo], y llevará el nombre augusto de Colombo a quien el mundo debe el descubrimiento de esta bella parte de la tierra”.⁹ Es esta, tal vez, la primera referencia histórica en la generación de la independencia al istmo de Panamá como centro político hispanoamericano.

Las tareas independentistas de Miranda causaron tanto revuelo en Gran Bretaña, que el gobierno de Londres le sugirió que abandonara el reino; entonces pensó que quizás la reciente reelección de su viejo conocido Tomás Jefferson, facilitaría la realización de sus proyectos emancipadores. Con estas ilusiones desembarcó en los Estados Unidos a fines de noviembre de 1805, donde se le brindaron agasajos y honores, e incluso tuvo una entrevista con el presidente estadounidense. Pero la reunión le decepcionó, Jefferson sólo estaba preocupado por lograr que el canal

interoceánico a construir en Centroamérica, beneficiara más a su país que a los europeos.¹⁰

Después, James Madison, secretario de Estado, expuso a Miranda la falta de interés de su país en darle apoyo, porque semejante acto le enturbiaría sus amistosas relaciones con la España feudal y colonialista. En definitiva, ningún aporte oficial. Los antiguos amigos se habían convertido en importantes políticos acomodados y sin interés de ayudar a los pueblos hispanoamericanos.

En 1809 volvió Miranda a pensar en el istmo, esta vez como muy concreto lugar de reunión de un congreso de los pueblos americanos de origen español. El 17 de julio de ese año, el embajador de España en Londres comunicaba a su gobierno: “Miranda esperaba que para enero o febrero estaría España conquistada por los franceses, y para cuya época se unirían en Panamá los diputados de todas las Provincias de América, donde elegirían el gobierno que los acomodase, que esto estaba con bastante seguridad”.¹¹

Durante su proceso de concientización de la experiencia e interpretación de la realidad, Miranda revela el sentimiento de identidad territorial, de conservación del caudal de cualidades de las zonas o regiones históricas de nuestro continente, de ahí que su primer manifiesto independentista es paradigmático y desde su título: “Proclamación a los Pueblos del Continente Colombiano, alias Hispano-América”,¹² deja como sentencia el acervo étnico-cultural; de la misma manera que llamaría después Ejército colombiano, al contingente militar que en 1806 guiará a las costas de Venezuela hasta culminarlo con la edición

en Londres, en 1810, en vísperas del estallido revolucionario del periódico *El Colombiano*.

Por ello, de manera crítica y reflexiva el doctor Sergio Guerra Vilaboy declaró:

La impronta de Miranda es bien visible en el texto de la Constitución de la primera República de Venezuela, aprobada en Caracas el 21 de diciembre de 1811, que se vale del término mirandino de “Continente Colombiano” como sinónimo de América Hispana, acepción que desde entonces se haría de uso común en el vocabulario de los principales patriotas. Sin duda, en los años de la lucha independentista de las colonias españolas (1808-1826), la conciencia de la identidad hispanoamericana común, y de la necesaria unión de todos los que se enfrentaban a España, estuvo ampliamente extendida entre los criollos levantados en armas contra la metrópoli. Para los protagonistas de aquella gesta, el “Continente Colombiano”, como le había llamado Miranda, era común horizonte “nacional”.¹³

Las coordenadas identitarias del pensamiento de Simón Bolívar

Otra de las claves para poder entender el proyecto identitario de la integración de la Gran Colombia, es el pensamiento del Libertador Simón Bolívar, quien destacó la peculiar identidad del hombre de esta región americana, sobre la cual se hace descansar el derecho a la expansión del colonialismo. Los pueblos de esta América, dice Bolívar, son distintos étnica y culturalmente de los que les ha impuesto su dominio:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el Europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros Padres, diferentes en origen y sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis, esta desemejanza trae un reto de la mayor trascendencia.¹⁴

La falta de identidad alcanza a España, el mundo ibérico, el que fuera ayer centro de la historia se encontrará ahora al margen de ella. Anacrónico centro de poder que pasa a ser instrumento de otro poder. La angustia por la identidad que acongoja al hombre de esta América será, también angustia de identidad de todo el imperio español, del mundo ibérico. Bolívar capta y hace expreso el fondo común de esa identidad en la falta de identidad que ha de abarcar al mismo imperio del que se originó el mestizaje. El mestizaje manipulado como algo negativo y que los imperios que van sustituyendo al español van a utilizar, a su vez, para justificarse su hegemonía. Inclusive hegemonía sobre el mismo imperio español que lo ha originado en sus diversas expresiones.



Simón Bolívar

La identidad de lo múltiple en América se transforma en la diversidad que imposibilita toda identidad. Sin embargo, los imperios ayer, como las naciones ahora, se han alzado sobre esa diversidad. El mundo moderno era, precisamente, expresión del respeto que tuvieron que guardar entre las múltiples identidades que lo forman. Ese mismo respeto debería ser el punto de partida de las naciones que se iban a formar en América. No tanto un todos los hombres son iguales por la razón o el ingenio, sino un todos los hombres son iguales por ser distintos, por tener cada uno su identidad. Algo más que lo propuesto por los filósofos de las luces. Simón Bolívar recoge el principio igualitario de lo diverso, a partir del cual la propia identidad no queda anonadada, no es objeto de manipulación. Y es sobre esta igualdad

en la distinción que ha de alzarse la posibilidad de su unión, de su participación en esfuerzos que a todos beneficien. ¡Ficticia! llama a esta igualdad Simón Bolívar. Pero es por esta supuesta ficción de la unidad de lo diverso que se pondrá fin a la anarquía, fin a la lucha por imponer una individualidad a otras individualidades, fin a la lucha que trata de hacer de mi propia identidad la identidad de los demás. Será el fin de la anarquía y también el fin de toda expresión de dependencia, de manipulación.

¡Pero mucho cuidado con buscar esta ley común a todos los americanos fuera de ellos mismos, fuera de esas sus naturales y concretas identidades! La ley que unifica ha de derivarse de lo que son realmente los diversos individuos. La diversidad, expresión de la identidad de los pueblos de esta América, ha de ser el punto de partida de su legalidad. Porque no será imitando, copiando, apropiándose de otras normas, de otras leyes, que no tengan su origen en las necesidades de los pueblos de América, que se ha de alcanzar la identidad que los abarque a todos y sirva de norma al futuro que ellos han de hacer posible. No será imitando constituciones, por extraordinarias que sean, como la del pueblo de los Estados Unidos que la América meridional ha de levantar su anhelado futuro.

Por ello hay que considerar la realidad como punto de partida, porque la identidad de los pueblos de nuestra América queda expresada a través de la conciencia de servidumbre, lo cual hace difícil el proceso, pues es difícil que un pueblo sea libre si su única experiencia ha sido la servidumbre. Esta dificultad llevará a muchos de los hom-

bres que lucharán por su transformación a la negación de esta posibilidad. Otros hombres de esta América, como el argentino Domingo Faustino Sarmiento, décadas más tarde, se harán preguntas semejantes a las de Bolívar sobre la identidad de sus hombres y pueblos:

Es acaso ésta la vez primera que vamos a preguntarnos quiénes éramos cuando nos llamaron americanos —escribe en 1883—, y quiénes somos cuando argentinos nos llamamos. ¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blandas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querían ser llamados. ¿Somos nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientto?¹⁵

Sarmiento ha vivido también la amarga experiencia que anulaba los sueños de Bolívar. La experiencia de la que partiese para crear una nueva realidad, había sido la experiencia de una servidumbre que a la generación de Sarmiento, se presentará como irremediable, como experiencia de esa insoluble contradicción Barbarie vs. Civilización. Pero ha de ser a partir de la conciencia de esta ineludible identidad que surja la posibilidad de su transformación y de su libertad. ¿Difícil? ¡Tremendamente difícil!, pero necesario, piensa el Libertador.

Simón Bolívar quiere para esta su América lo mejor. Ilustran lo expuesto sus palabras al plantear: “Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo,

menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria”.¹⁶

El Libertador tenía que liberar, no sólo emancipar políticamente a sus pueblos del centro de poder, sino que significaba anular todos los hábitos de servidumbre impuestos; por ello agregó a la tarea de emancipador, la de legislador, esto es, la del creador del orden propio de una libertad que no se alcanzaba con la pura emancipación política.

De la libertad y de la igualdad que deben guardar los hombres libres, se pasará ahora al problema de la relación entre los pueblos en sí. Se planteará así el problema de la integración latinoamericana con sus relaciones de solidaridad que sustituyan las de dependencia. Vocero de este enfoque lo fue Bolívar, quien concibió “la patria inmensa” considerando en su esfuerzo el abortado proyecto, fechado en 1823, de separar las islas de Cuba y Puerto Rico de la metrópoli española. Es meritorio ilustrar cómo el Libertador auspicia una invasión bajo el mando del militar venezolano Manuel Manrique, quien debía liberar primero a Cuba y después a Puerto Rico, con el apoyo de un grupo de experimentados combatientes colombianos. Este proyecto es aplazado y finalmente abandonado.

El 23 de octubre de 1823 una comisión de cubanos independentistas¹⁷ decide visitar el cuartel general de Bolívar para activar la solidaridad del Libertador con los planes independentistas. Cuando este grupo de patriotas cubanos arriba a La Guaira, en Venezuela, encuentra un formidable aliado para secundar su proyecto en el general puertorriqueño Antonio Valero Bernabé,

aguerrido militar con vasta y polifacética experiencia adquirida inicialmente como oficial de las fuerzas españolas en México, y después apoyando la república mexicana. Aceptado en los ejércitos bolivarianos con el mismo grado de general que ostentaba en México, Valero Bernabé les propone a los cubanos organizar una expedición armada para luchar por la independencia de Cuba y Puerto Rico. En los primeros meses de 1824, el general puertorriqueño logra entrevistarse con Bolívar en Perú y exponerle el proyecto. Aunque el Libertador acaricia la idea de la emancipación antillana en sus planes prospectivos, no considera apropiadas en esos momentos las condiciones objetivas para apoyar el plan expedicionario que Valero le presenta. Debe señalarse que este proyecto emancipatorio preveía la invasión armada en Cuba y Puerto Rico con el objetivo de derrotar el colonialismo español e incorporar ambas Antillas a la Gran Colombia bolivariana, de la cual formaban parte Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador. Los cinco cubanos también desisten de dicho proyecto.

El sueño bolivariano de la integración entre iguales es una preocupación constante. Muestra de ello es cuando en 1822 escribió a Bernardo O’Higgins, director supremo de Chile diciéndole: “La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendría a ser motivo de asombro para Europa [...]. ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad”.¹⁸

Ante la insistencia del general Francisco de Paula Santander, vicepresidente

de la Gran Colombia, para que invitasen a los Estados Unidos, escribe Bolívar: “Los americanos del norte, por sólo ser extranjeros tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo jamás seré de la opinión de que los convidemos para nuestros arreglos americanos”.¹⁹ Es decir, tienen distinto origen, como distinta forma de colonización de que fueron objeto. La misma observación la hace para Haití. Los Estados Unidos además han sido, inclusive, ajenos a las luchas que por la libertad han entablado los americanos de esta parte meridional. Ninguna ayuda se ha encontrado de ellos. En otra carta al mismo Santander afirma: “No nos conviene admitir a los Estados Unidos de América”.²⁰

Allí está también Inglaterra que ha dado su gran ayuda a la insurrección de esta América; pero de acuerdo con sus intereses, lo sabe bien Bolívar, por lo que es peligroso hacerla participar en la federación, “[...] los españoles —escribe— para nosotros no son ya peligrosos, en tanto los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes, y por lo mismo temibles”.²¹

También está Brasil²² que se ha independizado, sin embargo ya actúa al sur del continente en función de los intereses de la peligrosa Inglaterra. En cuanto a Paraguay, Bolívar lo observa como una isla del despotismo que no podría entrar en una confederación de pueblos libres.

El Libertador sería testigo de la anulación de sus sueños: la “Magna Colombia”, formada por Venezuela, la antigua Nueva Granada y Ecuador, había sido lanzada por la borda en el Congreso de Panamá en 1826 por las

ambiciones de los caudillos, por los propios compañeros de armas de Bolívar, quien se convertiría en un proscrito en su tierra natal, Venezuela, e igualmente en Colombia. Se atentaría contra su vida y se asesinaría a su más leal compañero, el héroe de la batalla de Ayacucho, que había puesto fin al dominio español, Antonio José de Sucre.

La anarquía se ha desatado y con ella las justificaciones para nuevas tiranías y formas de dependencia con palabras apocalípticas, Bolívar hablará de la América que ha podido ser capaz de cometer un crimen tan horrendo como el cometido contra Sucre, por lo cual expresó:

De mis veinte años de mando en esta América sólo he sacado los siguientes resultados: 1ro, la América es ingobernable para nosotros; 2do, el que sirve una revolución ara en el mar; 3ro, la única cosa que puede hacerse en América es emigrar; 4to, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5to, devorados los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6to, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América. La primera revolución francesa hizo degollar las Antillas y la segunda causará el mismo efecto en este vasto continente. La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban, o más bien los van a completar [...], todo el mundo va a entregarse al torrente

de la demagogia y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos!²³

¿Qué somos entonces?, ¿cuál es nuestra identidad? El rostro de esta identidad se ha hecho patente a Bolívar horrorizándolo. Desesperado por no poder cambiarlo, sólo podrá augurar su aniquilamiento. El hombre que había intentado cambiar ese rostro, un rostro que conocía, pero que no había vivido en toda su intensidad, pensó que no tenía otra salida que el destierro o la muerte. Este era su fin.

A las raíces: Bolívar en el proyecto emancipador de José Martí: una clave en la modernidad para el equilibrio del mundo

Las acciones y los ideales de Simón Bolívar se presentan al lente del historiador como un terreno fértil para el análisis de diversas miradas de indagación histórica. Al realizar el historiador su oficio, este estudia la historia como “[...] espacio de hipótesis y conjeturas abiertas sobre campos ignotos, problemáticos y enigmáticos que sugieren y merecen ser reconstruidos historiográficamente”.²⁴ Es quizás este referente el empleado por José Martí para descifrar a Bolívar como figura central del contexto latinoamericano de la modernidad:

Respira en bronce una vez más, moldeado por manos filiales y vaciado del yeso por fieles fundidores, aquel hombre solar, a quien no concibe la imaginación sino cabalgando en carrera frenética, con la cabeza rayana en las nubes, sobre caballo de fuego, asido del rayo, sembrando naciones. Burló montes, enemigos,

disciplina, derrotas; burló el tiempo; y cuanto quiso, pudo, menos mellar el diente a los ingratos. No hay cosa que moleste tanto a los que han aspirado en vano a la grandeza como el espectáculo de un hombre grande; crecen los dientes sin medida al envidioso.²⁵

Martí siempre evocó su raíz bolivariana. Desde 1877, en Guatemala, había afirmado: “El alma de Bolívar nos alienta”,²⁶ y en Nueva York, en 1880, lo considerará “[...] más grande que César, porque fue el César de la libertad”.²⁷

El Maestro redimió la fisonomía de una América que Bolívar desentrañó, pero que no pudo transfigurar. La fisonomía de un continente que, pese a tanto desmérito, a tanta deshonra y tanto ultraje, se había revelado con una raigal resistencia cultural. Al continente al cual el Maestro proclamará la fisonomía de lo que el denominó “Nuestra América”, le indagará Martí:

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosa! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá

Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagonés, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?...²⁸

Luis Álvarez Álvarez en sus investigaciones sobre el Apóstol ha aclarado cómo este

[...] aludía respetuosamente a los desaciertos de Bolívar, sobre todo el excesivo centralismo político de su sueño hispanoamericano, que se fundara sobre un extenso país, la Gran Colombia, proyecto en el cual no se tenía en cuenta los intereses de las regiones que, a la larga, constituyeron los diversos países de la región andina [...]. [Y como Martí] reclama la justicia del pueblo hispanoamericano, que por encima de esas fallas de forma política, vean el empuje que dio Bolívar “a las ideas madres de América”.²⁹

La siguiente semblanza martiana fundamenta los criterios valorativos de Luis Álvarez Álvarez:

Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su

unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerlo en el redado, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular [...].³⁰

La tarea de Bolívar, dice Martí, no ha culminado porque “[...] así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy, porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!”.³¹

En su connotado escrito “Tres héroes”, publicado en *La Edad de Oro* en julio de 1889, el Maestro nos describe cuáles son las características de los verdaderos héroes nacionales y por qué le debemos gratitud y admiración:

Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Ésos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la am-



bición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.³²

En esta cita se aprecia el criterio martiano de perdonar a los próceres de cada nación por sus errores, de ahí que coloque a Simón Bolívar en su dimensión emancipadora para América. Ilustrativo es recordar su famosa evocación al llegar a la tierra del Libertador:³³

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un pa-

dre cuando se le acerca un hijo. El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre.³⁴

En *La Edad de Oro* se presentan las vidas ejemplares de tres de los más notables libertadores de América: Bolívar, Hidalgo y San Martín. Se refiere a estos hombres como un producto de la encarnación de su pueblo y les da el calificativo de sagrados, para lo cual expresa:

Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados [...] Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México.³⁵

El maestro nos ofrece su visión de la redención de América a la luz del ejemplo de Bolívar, y “[...] como en el día del triunfo vendremos a ofrecer en el altar del Padre Americano el fruto de nuestra redención y el brillo y el honor de nuestra historia”.³⁶ Martí anunció que “Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo desecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento”³⁷ de quien “Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón”.³⁸ Porque “[...] somos los hijos de su espada”,³⁹ “príncipe de la libertad”,⁴⁰ “hombre

solar”⁴¹ sobre el cual “¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!”⁴²

La configuración de los pueblos de Nuestra América se presenta para José Martí mediante el análisis de las características muy peculiares como resultado del encuentro de varias culturas —unas veces en formas violentas y otras veces entretejidos a través de un proceso natural y social, cuyos hilos se hayan unificados por la muy afilada aguja de la historia. Pero si partimos de un punto de vista socio-político de que el signo que nos domina en Nuestra América —y en todo el tercer mundo en general— es la situación de dependencia en todos los órdenes, esa es la situación real y cultural que avizora el Maestro, y la considera uno de los problemas fundamentales que impide el desarrollo armónico de nuestra cultura. Un segundo punto, ¿qué es lo que define a esta cultura como un fenómeno muy concreto, muy particular?... Es el carácter mestizo de ella. ¿Por qué mestizo? La cultura que domina en todo el espacio cultural, lingüístico, no es autóctona, es una cultura de síntesis, de sincretismo; es decir, Nuestra América está en su espacio crítico, que es el espacio donde se produce el cruce de muchas culturas, de muchas voces; la ascendencia cultural indígena prehispánica en México, América Central, Perú, Paraguay (con la cultura oral de los guaraníes) que tuvieron que entrar forzosamente en ese proceso de transformación en la cultura hispánica; después está la cultura negra muy importante hacia el Brasil, hacia Cuba y todo el Caribe; continúa la cultura de

los inmigrantes extranjeros, no solamente los italianos, los españoles, franceses, sino también el aporte de Asia, China, Japón. Nuestro espacio es una especie de pluralidad de culturas, sobre todo dadas a través del idioma castellano. A una cultura que no es pura, es su riqueza diversa la que le da su carácter. Entonces, a partir de esos dos puntos de referencias: el ser una cultura mestiza, y que esta se ha desarrollado con el signo de la dominación y la dependencia, se crea una característica muy particular.

Ahora bien, la década del 80 del siglo XIX brindaría al Maestro cruciales razones para enriquecer su comprensión de la temática identitaria latinoamericana en la encrucijada de la modernidad.⁴³

Por una parte, su prédica y práctica revolucionarias contra el colonialismo español desde su regreso a Cuba en 1878 y su liderazgo en el movimiento libertario, para lo cual trazó una estrategia articulada en una propuesta de soluciones, así como de vías de dirección, y contribución al proyecto republicano que se aspiraba fundar.

Los exilios y residencias sucesivas en España, México (1875-1877), Guatemala, Venezuela (1881) y los Estados Unidos (1880-1895), le permiten a José Martí aclarar que habría de fundarse una América nueva como resultado de pensarla y organizarla como “nuestra”, es decir como el territorio que un colectivo nombra para identificarlo con los proyectos históricos y socioculturales que considera propios. Nuestra América se convierte en un espacio de redefinición fusionada de resistencia cultural y en el escenario de

utopías realizables. Es decir, una zona en un tiempo histórico propio que no puede ser definido desde el exógeno, pues no corresponde a la temporalidad de la modernidad impuesta desde la historia (o más bien desde el metarrelato histórico) de Europa. Es una mirada que supera las del “aldeano vanidoso” al que tanto crítica, para “injertar” el mundo en las repúblicas americanas. Una América nueva que revelara la fractura con la continuidad estructural de la colonia en las futuras repúblicas, donde la independencia de Cuba sería el equilibrio fundacional de las epopeyas libertarias.

En el periodismo ejercido por el Maestro se revelan sus fundamentos de visionario continental y de ensayista crítico para explicar la sensibilidad de la cultura americana. Sus proyectos fundacionales de revistas, desde *La Patria Libre* con apenas 16 años, la revista *Guatemalteca*, la *Revista Venezolana* (1881) de la cual se publican dos números, en el prólogo al *Poema del Niágara*, del venezolano Pérez Bonalde, publicado en Nueva York en 1882, y en la cautivadora *La Edad de Oro* (1889), se conforma un corpus textual que anuncia la apertura de una nueva época para el mundo con todos los avatares y las contradicciones que ello significaba.

Resulta revelador para el Maestro el ambiente socioeconómico caracterizador de esa etapa de transformación que explicita mediante el estudio y la explicación del inicio del imperialismo en los Estados Unidos a través de sus crónicas sobre ese país para la prensa latinoamericana, las cuales había comenzado a publicar en el diario caraqueño

La Opinión Nacional desde 1881 a través del título de “Escenas norteamericanas”. Resulta clave la experiencia que vive en la cobertura periodística para *La Nación* de Buenos Aires del Congreso Panamericano de Washington, entre 1889 y 1890, donde se evidencian claramente los caracteres expansionistas y el poderío extraeconómico de los monopolios del naciente imperialismo norteamericano.

Ya el propio Bolívar había advertido en el primer tercio del siglo XIX el peligro que implicaba para el resto del continente la nación surgida de las Trece Colonias; en carta fechada el 5 de agosto de 1829, a Patricio Campbell, declaró de manera previsoría: “Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miserias a nombre de la libertad”.⁴⁴ Ya Martí, al menos desde su estancia en México, entre 1875 y 1876, conocía bien los sucesos de la guerra en que el país se anexó de la patria de Hidalgo la mitad del territorio.

Concebida por él como el claro y determinado avance hacia Latinoamérica de esas fuerzas que se imponían en el país del norte, Martí entró de lleno en su magna tarea antiimperialista y de liberación nacional.

Estas son las claves axiológicas de sus dos ensayos mayores: “Madre América” (discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1889 ante la Sociedad Literaria Hispanoamericana), y “Nuestra América” (publicado por primera vez en la *Revista Ilustrada* de Nueva York el primero de enero de 1891). Ambos trabajos del Maestro tienen puntos en común. Martí esboza que en esta “[...] tierra híbrida y original,

amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes”,⁴⁵ es donde se forja un “ser natural y fecundo”.⁴⁶ Él consideraba el proceso del mestizaje como algo natural, lo cual es parte de su visión del hombre natural americano que no es otro que el indio, el negro, el mestizo y el campesino criollo. Revela además cómo en nuestras repúblicas la colonia sobrevivió en ellas.⁴⁷ En una época marcada por la antinomia “civilización” y “barbarie” (según el esquema de Sarmiento), Martí por el contrario, declara que “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”.⁴⁸

Para oponerse a estos designios, Martí se entrega por entero a la lucha política. Renuncia a los consulados que desempeñaba de la Argentina, el Uruguay y Paraguay, y en gran medida cesa sus colaboraciones periodísticas, con excepciones como las que consagra al periódico *Patria*, el cual crea en 1892, para implementar su estrategia antiimperialista y de liberación nacional para Latinoamérica, que comenzaría con la independencia de Cuba y de Puerto Rico. El paso primero de todo ello sería la acción unificadora de la emigración patriótica, y para ello fundó el Partido Revolucionario Cubano (PRC) en 1892. En el artículo cuarto de las Bases se sintetiza agudamente el proyecto de República:

El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de

la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.⁴⁹

Hace ya algunos años el ensayista Roberto Fernández Retamar⁵⁰ se adscribió a la conceptualización de Julio Le Riverend, quien esbozó la herencia bolivariana de gran parte de los criterios martianos. En un informe del Ministro de Relaciones Exteriores de la Nueva Granada, redactado bajo sus instrucciones en 1813, expresó el Libertador: “Yo llamo a este equilibrio del Universo y debe estar en los cálculos de la política americana [...] Este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso (el europeo), no puede formarse sino de la reunión en toda la América Meridional, bajo el mismo cuerpo de nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin”.⁵¹

Dos años después, en su famosa “Carta de Jamaica”, escribiría Bolívar: “La Europa misma (es decir, la Europa desarrollada, no España), por miras de sana política, debería haber preparado y ejecutado el proyecto de la independencia hispanoamericana, no solo porque el equilibrio del mundo así lo exige, sino porque este es el medio legítimo y seguro de adquirir establecimientos ultramarinos de comercio”.⁵²

Pero también aclaró Roberto Fernández Retamar cómo
[...] muchos años después y frente al fenómeno del naciente

imperialismo norteamericano, Martí acepta en esencia la tesis bolivariana, pero no repetirla de manera literal. Para él, las Antillas aún no liberadas son un eslabón particularmente débil, y, por su ubicación entre los pujantes Estados Unidos y la América Central, donde al menos un canal interoceánico es inminente, su función en el equilibrio del continente y aun del mundo es obvia. Ello lo reiterará Martí en cuantiosos textos.⁵³

En su artículo publicado en *Patria* en abril de 1894, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, cuyo subtítulo es “El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, destacó Martí:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana; —y si libres [...] —serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio [...] hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias [...]. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar [...]. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.⁵⁴

La guerra contra la metrópoli española conduciría a las dos islas a la independencia, situación desde la cual las nuevas repúblicas insulares servirían, en su concepción, para estimular la remodelación de la práctica republicana en Latinoamérica. Luego si era importante arrojar a España de la región antillana, ya que ese estatus colonial permitía con mayor facilidad la acción expansionista de los Estados Unidos, más importante aún, sería para Martí la “República nueva” en Cuba y Puerto Rico, y su progresivo alcance e influjo de ambas en República Dominicana. En las islas habría de ejercerse, por consiguiente, esa preocupación por los derechos del hombre natural, de manera de no reiterar las repúblicas coloniales e incapaces de asegurar la acción sistemática de sus propios principios de constitución, objetadas por él en su texto “Nuestra América” y por cuyos desajustes sociales e institucionales veía el Maestro que se iba abriendo paso la nueva dominación del norte. Por ello proclamó esto como objetivo último de sus ideas y ecuaciones de la unidad continental —lícita en virtud de su reconocimiento de la identidad latinoamericana— a partir de su despliegue históricamente mediato en y desde las Antillas.⁵⁵

Fue precisamente a un antillano, al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, a quien en carta particular, expresó Martí con claridad meridiana sus ideas acerca de la unidad necesaria de estas islas para cumplir su deber histórico, y le precisó las líneas generales que habría de seguir la política social de la nueva república en Cuba y Puerto Rico. Destacaría el Maestro: “Las Antillas

libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio el mundo”.⁵⁶ Ese mismo día (25 de marzo de 1895) firma con el dominicano Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador de Cuba, el Manifiesto de Montecristi, el cual, al dar a conocer al mundo las razones del conflicto bélico, explica:

La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.⁵⁷

A modo de conclusiones

Esta América, pese a todo, tenía otro rostro, otra identidad que el coloniaje, la dependencia impuesta, no había podido borrar. Por lo tanto, el movimiento revolucionario antillano sería la última clarinada de la gran epopeya bolivariana, de lo que el Libertador llamó “la América Meridional” y que José Martí

redefinió de acuerdo a la coyuntura histórica y a la diversidad cultural como “Madre América” o “Nuestra América”.

La trascendencia de meditar en el pensamiento integracionista de los próceres Miranda, Bolívar y Martí en el entramado de la modernidad como proyecto identitario cultural es mucho más que un análisis teórico y conceptual, representa formas y modos de revelar la toma de conciencia de la cultura a la que se pertenece, y la aprehensión subjetiva de sus elementos, es una vía para la comprensión cabal del desarrollo histórico-cultural de nuestros pueblos de América, y para la conquista de lo que Bolívar y Martí llamaron “el equilibrio del mundo”.

Notas

¹Saco, José Antonio. “Carta de un cubano a un amigo suyo [...] Gibraltar y diciembre 12 de 1846”. En: *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos de la isla de Cuba*. París: 1859. t. 3, p. 239.

²Según Ardao, a Miranda se le ocurrió este nombre en los Estados Unidos para 1784, donde era común utilizarlo a fines del siglo XVIII para denominar diversos lugares geográficos. Véase: Ardao, Arturo. *La idea de la magna Colombia de Miranda a Hostos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.

³Ibíd., p. 8.

⁴_____. *Las ciudades utópicas de Miranda, Bolívar y Sarmiento*. Caracas: Equinoccio, Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1992. p. 2.

⁵Ibíd., p. 7.

⁶Becerra, Ricardo. *Vida de Don Francisco de Miranda, general de los ejércitos de la primera República francesa y generalísimo de los de Venezuela*. Madrid: Editorial América, [s.f.].

⁷Prieto Pozos, Alberto. *Bolívar y la revolución en su época*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1990.

⁸Ardao, A. *Op. cit.* (3). p. 8.

⁹Nucete Sardi, José. *Francisco Miranda, textos sobre la independencia, recopilación y estudio preliminar*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1959. pp. 67-77.

¹⁰Véase Mariano Picón Salas: *Miranda*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972.

¹¹Grisanti, Ángel. *Miranda, precursor del Congreso de Panamá y el Panamericanismo*. Caracas: 1954. p. 31.

¹²Véase Miranda, Francisco. *Proclamación a los pueblos del continente colombiano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. p. 16.

¹³Guerra Vilaboy, Sergio. La idea y el nombre de América Latina. El problema de la denominación de nuestro continente. *Debates Americanos* (La Habana) (7-8):24; en.-dic. 1999.

¹⁴Bolívar, Simón. "Discurso de Angostura". En *Simón Bolívar. Pensamiento e ideología* / Compilación y selección Gabriel Jaime Arango Velásquez y Luis Lora Restrepo. Medellín: 1988. p. 52.

¹⁵Sarmiento, Domingo F. *Conflictos y armonías de las razas en América*. Buenos Aires: Editorial Intermundo, 1946.

¹⁶Bolívar, S. "Contestación de un Americano Meridional a un Caballero de esta Isla", Kingston, Jamaica, 6 de septiembre de 1815 (Carta de Jamaica). *Op. cit.* (14). p. 36.

¹⁷Integran la comisión cinco representantes de la aristocracia terrateniente criolla: Gaspar Betancourt Cisneros, José Agustín Arango, Fructuoso del Castillo, José Aniceto Iznaga y el argentino radicado en Cuba José Antonio Muralla. La reseña de las actividades de esta comisión la escribe Iznaga bajo el título de "Peregrinación patriótica a Colombia". Incluida en Morales, Vidal. *Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana*. La Habana: Imprenta Avisador Comercial, 1901.

¹⁸"Carta a Bernardo O'Higgins", Cali, 8 de enero de 1822. En Zea, Leopoldo. *El pensamiento latinoamericano*. México: Editorial Ariel Seix Barral, 1976. vol. 1, pp. 618-619.

¹⁹"Carta al general F. de P. Santander", Arequipa, 30 de mayo 1825. *Ibídem*, pp. 1103-1109.

²⁰"Carta al general F. de P. Santander", Arequipa, 20 de mayo 1825. *Ibídem*, pp. 1096-1099

²¹*Ibídem*, pp. 1096-1099.

²²Yepes, J. M. *Del congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas, 1826-1954*. Caracas: 1955. t. 1.

²³"Carta al general Juan José Flores", Barranquilla, 9 de noviembre de 1830. *Op. cit.* (18). p. 959.

²⁴Velázquez Delgado, Jorge. La enjundia del Libertador en el ojo de Maquiavelo. *Cuadernos Americanos* (España) (87), mayo-jun. 2001, p. 53.

²⁵Martí, José. "La estatua de Bolívar". *La América*, Nueva York, agosto de 1883. En *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 8, p. 175.

²⁶_____. "Carta a Valero Pujol, 27 de noviembre, 1877". *Ibídem*, t. 7, p. 111.

²⁷_____. "Lectura en la reunión de emigrados cubanos en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880". *Ibídem*, t. 4, p. 202.

²⁸_____. "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893". *Ibídem*, t. 8, p. 247.

²⁹Álvarez, Luis. "El retrato en la oratoria martiana". En: Álvarez, Luis y Olga García. *Ensayos martianos*. Camagüey: Editorial Ácana, 2003. p. 79.

³⁰Martí, J. *Op. cit.* (28). p. 246.

³¹*Idem*, p. 243.

³²_____. "Tres héroes". *Op. cit.* (25) t. 18, p. 308.

³³El 8 de enero de 1881 embarca, y luego de una breve escala en Curazao, llega a la Guaira, 12 días más tarde, y de allí, parte para Caracas. Este hecho lo plasmó ocho años después (julio de 1889) en *La Edad de Oro*.

³⁴Martí, J. *Op. cit.* (32). p. 304.

³⁵*Ibídem*, p. 305.

³⁶_____. "Fragmento del discurso pronunciado en el club del Comercio" Caracas, Venezuela, 1881". *Op. cit.* (25). t. 7, p. 285.

³⁷_____. *Op. cit.* (28). p. [241].

Véase además: Fernández Retamar, Roberto. "Simón Bolívar en la modernidad martiana". En: *Letras. Cultura en Cuba* / Prefacio y compilación

de Ana Cairo Ballester. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1989. t. 2.

³⁸Martí, J. Ídem.

³⁹_____. Ibídem, p. 242.

Véase además: Fernández Retamar, R. Ibídem.

⁴⁰Martí, J. Ibídem, p. [241].

⁴¹_____. “La estatua de Bolívar por el venezolano Cova”. Ibídem, t. 8, p. [175].

Véase además: Fernández Retamar, R. Ibídem.

⁴²Martí, J. Ibídem, p. 248.

Véase además: Fernández Retamar, R. Ibídem.

⁴³Véase para profundizar en la temática identitaria latinoamericana a la luz de la mirada martiana, el exhaustivo trabajo de Pedro Pablo Rodríguez: *De las dos Américas*. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2002.

⁴⁴Citado en Pividal, Francisco. *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*. Ciudad de La Habana: 1977. p. 148.

⁴⁵Martí, J. “Madre América”. *Op. cit.* (25). t. 6, p. 138.

⁴⁶Ídem.

⁴⁷_____. “Nuestra América”. Ibídem.

Además revisar el interesante trabajo de Ramón de Armas: La revolución pospuesta: destino de la revolución martiana de 1895. *Anuario Martiano* (La Habana) (4); 1972.

⁴⁸Martí, J. Ibídem, p. 17.

⁴⁹_____. “Bases del Partido Revolucionario Cubano”. *Op. cit.* (25). t. 1, p. 279.

⁵⁰Fernández Retamar, R. *Op. cit.* (39). p. 202.

Véase además: Le Riverend, Julio. “El historicismo martiano en la idea de equilibrio del mundo”. En: Martí, José. *Pensamiento y acción*.

Ciudad de La Habana: Centro de Estudios Martianos, Editora Política, 1982.

⁵¹Citado en Acosta Saignes, Miguel. Cómo repudia una clase social a su Libertador. *Casa de las Américas* (La Habana) (138):103.

Véase además: Fernández Retamar, R. *Op. cit.*

(39). pp. 202-203.

⁵²Bolívar, Simón. “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”. En: *Obras completas*. 2da. ed. La Habana: 1950. t. 1, p. 162.

Véase además: Fernández Retamar, R. *Op. cit.*

(39). p. 203.

⁵³Fernández Retamar, R. *Op. cit.* (39). p. 202.

⁵⁴Martí, J. “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”. *Op. cit.* (25). t. 3, pp. 142-143.

Fernández Retamar, R. *Op. cit.* (39).

⁵⁵Véase: Rodríguez, P. P. *Op. cit.* (43).

⁵⁶Martí, J. “A Federico Henríquez y Carvajal”, Montecristi, 25 de marzo 1895. *Op. cit.* (25). t. 4, p. 111.

Véase además: Fernández Retamar, R. *Op. cit.* (39).

⁵⁷Martí, J. “Manifiesto de Montecristi”, 25 de marzo de 1895. Ibídem, pp. 100-101.

Véase además: Fernández Retamar, R. *Op. cit.* (39).

